

dejaros atropellar por nadie; podeis siempre repeler la fuerza con la fuerza si un malvado os acomete. Una cosa es admitir un duelo, y otra regalar unos cachetes sonoros, ó lo que sea necesario, á quien por vías de hecho os haga blanco de cualquier agresion. La propia defensa, que se reconoce legítima por los juristas no ménos que por los filósofos, porque la sugiere la naturaleza, no está prohibida por la religion. En cuanto á la pérdida del empleo, ¿qué quereis que os diga? Puédese dar sin duda el caso, supuesta la humana locura, que á romper llega á los que debian curar á los otros. Por lo demás, este no es un caso tan singular que no sobrevenga en mil ocasiones. Se debe sufrir un daño temporal más bien que agraviar á Dios y perder el alma. Entónces no queda más que recordar las grandes máximas de la fé: que todo lo temporal es nada comparado con lo eterno; que Dios tiene derecho á ser amado sobre todas las cosas; que no es gran cosa que un hombrecillo sacrifique sus intereses por Aquel que le sacrificó la vida; y que con la conciencia de haberse conservado fiel á Dios, debe aguardarse con mayor confianza la eterna retribucion.

CAPÍTULO XVI.

Principios del ochenta y nueve.

I. Conquistas del ochenta y nueve.—II. Son proclamadas aun por los buenos.—III. Se quieren principios más en armonía con los tiempos.—IV. Concluyó la época del Catolicismo.

Al leer el epígrafe que á la cabeza va de este capítulo, no dejará de preguntar alguno: ¿cómo entra tal asunto en el plan de esta obra? ¿Acaso es contrario á la religion admitir aquellos principios, ó puede ser ventajoso para ella negarlos? Con todo, lector, tan relacionada está con la religion, y es tan propia del presente libro dicha materia, que ninguna lo puede ser más; porque si bien es indudable que los principios del ochenta y nueve tienen alguna relacion con la política y con la marcha civil de la sociedad, miran mucho más directamente á la religion, no sólo con el fin de perseguirla, sino con el de lanzarla por completo de la tierra. Lo vereis claramente en el exámen ligero de los axiomas en que se fundan y de las máximas que de ellos se derivan.

I. *Conquistas del ochenta y nueve.*—El primer error en este asunto es el propio nombre que á los principios mencionados se da; porque llamarlos *conquistas* es falsear de súbito la opinion referente á ellos, decir que son un beneficio, y llamar mal al bien, y bien al mal. Realmente, ¿qué son aquellos principios tan ensalzados? Por lo que tienen de nuevos, una simple aplicacion á la sociedad de los principios que habia Lutero aplicado á la Iglesia, y una rebelion contra toda legítima autoridad; con todo rigor de verdad, la expresion del ódio formal contra el Cristianismo, y el proyecto de arrojarlo, si fuese posible, de la tierra. Para la inteligencia de lo cual importa saber que, al proclamarse, la Refor-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

ma de Lutero habia producido todos sus frutos venenosos, y sacado todas sus consecuencias. Los incrédulos ingleses Collins, Tolland, Cherbury y toda la escuela de lord Bolingbroke, por una serie de negaciones, habian llegado á repeler completamente la revelacion cristiana y á profesar el puro «naturalismo.» Voltaire y los enciclopedistas habian esparcido en Francia ámpliamente aquellas pestilenciales doctrinas, y con aquella horrible fórmula: *Aplastad al infame*, hacian lo posible para destruir el Cristianismo. Llegó la hora funesta en que los malvados pudieron subir al poder, y procuraron fijar como principios que tuviesen fuerza de ley sus locas é impías doctrinas. Estos son los famosos principios que llaman del ochenta y nueve, porque en aquel año se inauguraron solemnemente en la reunion de los Estados hecha impróvidamente por el infeliz Luis XVI.

Para que os forméis una idea de lo contenido en ellos, hé aquí lo que pretenden sus autores. Bajo el pretexto de abolir la supersticion, ó sea el Cristianismo, dirigen los golpes primeros contra lo más vital de la sociedad cristiana y de la Iglesia, ó sea el Sumo Pontífice y el clero, tanto secular como regular. Confiscan al clero de repente todas las rentas, lo despojan de todas las prerogativas que gozaba cerca de los fieles, lo comparan con todos los maestros del error por la libertad de cultos, y con los ministros de las várias sectas. Proscriben á todos los religiosos, pretendiendo disolver sus votos, y arrojándolos de sus casas. Privan al Sumo Pontífice de toda su autoridad, promulgando una constitucion impía que, rompiendo los vínculos necesarios de los miembros con la cabeza, reduce la Iglesia al cisma, y á no ser más que una institucion humana. Y que esto estaba premeditado, no se puede dudar; porque aquellos legisladores, á diferencia de los que vinieron más tarde, sabian aún el Catecismo, habiendo quienes habian estudiado hasta la teología, como Siéyes y Talleyrand. Era preciso, pues, quitar del pueblo toda memoria de cristianismo, el cual estaba identificado hacia tantos si-

glos con los hábitos individuales, civiles y sociales.

Ponen, pues, manos á la obra. Un decreto suprime todas las fiestas, ordena bajo penas graves trabajar en los domingos, y las semanas se trasforman en décadas, á fin de que acabe, por la confusion de los tiempos, toda memoria de las fiestas cristianas. Otro decreto suprime el calendario de los Santos, para que todas las tradiciones anteriores del cristianismo queden abolidas, y en su lugar vienen sustituidos nombres de plantas y de animales, segun *el fetiquismo* egipciano. Suprimido así Jesus, Robespierre pide la proclamacion del Sér Supremo, ó sea del que se llama en las *lógias* masónicas Gran Arquitecto, que debe contentarse con fiestas patrióticas y nada más. El Cristianismo vivia principalmente por las virtudes que introdujo en la tierra, con las cuales la trasformó, echando las firmes bases de todo orden en el mundo. Era preciso, pues, desarraigarlas todas, ó á lo ménos quitar su señal cristiana. En otros capítulos lo examinaré especialmente, por causa de los sofismas particulares á que dan pretexto: aquí lo tocaré al vuelo, para claridad del argumento. Jesus cambió la faz de la tierra con un triple amor que hizo sentir á los hombres: amaestrólos primero para que se amasen ordenadamente á sí mismos, haciéndoles conocer que consistia este amor en odiarse al presente, ó, lo que vale lo mismo, en combatir las propias pasiones, y tenerlas sujetas con una mortificacion incesante. *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam æternam custodit eam*. Enseñó el amor á los mayores, haciéndonos conocer que debíamos por El estar sujetos á toda humana criatura. *Subditi estote omni humane creature propter Deum, sive Regi .. sive ducibus... quia sic est voluntas Dei* (1). Enseñó á querer á todos los hombres como á sí mismos, promulgando la ley universal de la caridad: *Diliges proximum tuum sicut te ipsum*. Y para que todas estas enseñanzas fuesen, no sólo posibles, sino fáciles, añadió los

(1) San Pedro, 12, 13, 14.

únicos principios y causas que podían resultar eficaces: aquellos en la gracia que infundió en nuestros corazones, y éstos en hacernos ejercitar aquellas virtudes por amor á Dios, por imitar á Jesucristo, con la esperanza de bienes impercederos, y por temor de males sin fin. Pues estos grandes principios, que son como el tejado de todo el edificio cristiano, debían destruirse. Realmente contra la mortificación cristiana fué proclamado el principio de la total libertad; la debida sumisión á los superiores fué reemplazada por la perfecta igualdad; al amor al prójimo, concebido por razones sobrenaturales, se opuso la fraternidad, y no se habló más de Jesucristo, autor de la fé y de la ley, aboliéndose hasta el nombre de los principios cristianos. Despues de abatir todos los principios cristianos, restaba disponer un nuevo Código para uso de los hombres, que se hizo esperar poco, y fué llamada *Declaracion de los derechos del hombre*. En ella, con otros tantos artículos, hizose la monstruosa aplicacion de aquellos derechos monstruosos. Renegóse allí de todo derecho adquirido por los particulares ó por la familia; quedó destruida y hecha imposible para siempre toda soberanía; fué proclamada la facultad de decirlo y de hacerlo todo, y se formuló el ateísmo legal. Establecióse bajo diversas formas el *santo* derecho de insurreccion, y con un golpe de segur se destruyeron los derechos seculares de familias innumerables: en ella quitóse realmente la autoridad de los padres sobre los hijos, de los amos sobre los criados; en una palabra: fué destruida la familia, la sociedad, la religion cristiana, y vuelto el hombre al paganismo más feroz: con la única diferencia de que los idólatras salvaban muchas veces los derechos más sacrosantos de la naturaleza, y la famosa declaracion ofendió aún á éstos: si fuera rigurosamente aplicada, el mundo resultaria imposible.

Hé aquí lo que son verdaderamente los principios del ochenta y nueve. Son el deísmo ó el ateísmo en religion, el materialismo y el racionalismo en filosofía, la anarquía en política, y el ódio siem-

pre á Jesucristo. Hé aquí por qué llamadas *conquistas* si quereis; son conquistas del mal sobre el bien, del desorden sobre el orden, de la irreligion sobre la religion, de la impiedad sobre la piedad, de la carne sobre el espíritu, y del espíritu sobre Dios.

II. *¡Jesus mil veces!* exclaman aquí algunos: *no aguardábamos estas enormidades: muchos que patrocinan aquellos principios no pueden ser sospechosos siquiera de tan criminal intento.* Os concederé que es verdaderísimo, sin que por esto se destruya lo manifestado. Advertid, pues, que hay dos clases de hombres que invocan los principios del ochenta y nueve, ó que los siguen sin invocarlos. Hay los que conocen todo lo que significan, y ven el término á que tienden, y viéndolo, lo desean cegados por su malicia: hay otros que los quieren porque por su ignorancia no saben á dónde van, ó se dejan fascinar por los primeros, ó los quieren sólo por juzgarlos en ella verdaderos. Hay varias especies de esta segunda clase, los cuales pueden tener más ó menos buena fé, y se oponen más ó menos al Cristianismo. Para indicar algunos están los llamados *regalistas* y *estadistas*, que del ochenta y nueve sacan el principio de que compete al poder civil regular y decidir lo que pertenece á la religion, sin embargo de que, segun el mismo Redentor, sólo puede corresponder á la Iglesia; entre éstos hay grados, pero no decir matices, infinitos. Están los *reformistas*, que tomando del ochenta y nueve el principio de ponerlo todo á la moda, lo quieren hacer hasta con las propias instituciones del Hombre-Dios, á fin de conformarlas con las exigencias de los tiempos, sin apercibirse de que vienen así á rehacer á Jesucristo el trabajo de sus manos, y á corregir con su gran talento las obras de la Sabiduría increada. Están los *doctrinarios*, que del ochenta y nueve sacan el principio de los estadistas y de la legalidad; son los que mediante, no la violencia, sino el derecho, quieren consumir todos sus atentados. En su virtud, en favor del Estado y de los gobernantes han encontrado derechos para despojar al sacerdocio, para destruir los con-

ventos, para separarse de la Iglesia de Roma, para investir á los príncipes de todo poder, para quitar toda su influencia á los señores, para introducir el concubinato con el matrimonio civil, para abolir las fiestas, y para quitar la enseñanza á la Iglesia. Y dicen que hacen todo esto siempre con buen fin para reformar los Estados, para elevarlos á la altura de los tiempos, para ponerlos en armonía con las exigencias sociales, y para armonizar la religión con el progreso. Todo, ya se sabe, para el bien de la Iglesia, porque no conoce lo que le conviene; para purificarla, porque no tiene cuidado de sí, y para que sea posible, porque trata como enemigos á los pueblos. Estos últimos obran más difícilmente de buena fé que todos los demás, ya porque son, por punto general, hombres más entendidos; ya porque profesan con más amplitud los principios del ochenta y nueve; ya porque están constreñidos á encontrar á cada paso las formales condenaciones de la Iglesia santa. Están los *progresistas*, que tomando al ochenta y nueve las ideas de innovación y de renuncia á lo pasado, para que todo sea nuevo, confunden torpemente lo mudable por ser humano, y lo inmutable por ser divino, alejándose más ó menos de la verdad. Está, en fin, la clase numerosísima de los *moderados*, infectos todos y mas ó menos corrompidos: sin embargo, en ella se contienen quizás en mayor número los de buena fé. Estos generalmente no distinguen bien lo mudable y accidental de lo esencial é inmutable: quisieran conciliar todos los partidos, y sirven sólo en la práctica á los malos. Como no alcanzan que entre la verdad y el error, la justicia y la injusticia, la revelación y la no revelación, no hay medio, todo lo que sacrifican á sus imprudentes ideas de conciliación es con daño de la verdad, de la justicia, de la religión, y en favor de los principios perversos. Ahora bien: reconozco que en todas dichas clases se hallan verdaderamente ilusos ó seducidos, ó personas que, si bien admiten algunas de aquellas máximas que conducen á principios falsos del todo, son hasta cierto punto inocentes, porque

no ven el fin, ó ménos culpables, porque quisieran detenerse ántes de llegar á él. Para juzgarles tan benignamente, nos fundamos en la ignorancia, hoy tan comun, de lo que es con toda verdad el Cristianismo, en la multitud de las preocupaciones que se difunden en tantos libros por tantos apóstoles del error, y en el respeto humano, por el cual pocos osan desenmascararlos y hacer que luzca la verdad.

Hecha dicha concesión, queda intacta la otra parte de los que quieren los principios del ochenta y nueve con toda su crudeza, y tratan de arrancar el Cristianismo de la tierra, aunque supongamos que lo hagan con alguna moderación aparente para conseguirlo mejor. Indicaré aquí algunas clases para que podais divisarlos. Están los *libres arquitectos francmasones*, que, como declaran en sus libros, tomando del ochenta y nueve el único culto del Ente supremo, desconocen del todo la divinidad de Jesucristo y su religión. Están los *panteístas*, los cuales van más allá; pues no sólo no reconocen á Jesucristo, sino que destruyen la misma Divinidad, fantaseando una por mil razones absurda y repugnante. Están los *socialistas*, que, sacando de la igualdad y de la fraternidad todas sus consecuencias, quieren rehacer el mundo, poniendo á un mismo nivel todas sus condiciones, sin consideración alguna á las autoridades divinas y humanas. Están principalmente los *revolucionarios ó liberales* de toda Europa, que se llaman á sí propios hijos de Voltaire y herederos del ochenta y nueve, componiéndose de varias clases: de disolutos, que desde los lupanares y tabernas ansían el momento de precipitarse sobre los ricos para coger un poco de dinero; de jóvenes, que en las Universidades se comprometen á costear la Revolución, contribuyendo con su propia piel; de aquellos profundamente astutos que urden la tela, reservándose las comisarías, las prefecturas, los empleos, las carteras, salvo, se supone, el derecho de mandarse fraternalmente al patíbulo, y aún de pasarse cada uno á su vez en revista despues de lograr el mando; y, final-

merte, de una pequeña *sucursal* de damas elegantes, que con el dinero, con la vanidad, con el carácter sentimental, y, si es preciso, hasta con su persona, propagan, difunden y al mismo tiempo embellecen y adornan el patriotismo, la emancipación y el reinado (comenzado ya para más de una) de la libertad. Están los *positivistas*, que niegan todo lo que no es sentido y materia, esto es, Dios, el alma, la religión, la vida futura y la ciencia. Están los *solidarios*, que á todas las negaciones añaden un furor maniático contra el Cristianismo y sus verdades. Ahora bien. Que todos éstos se proponen directamente la destrucción del Cristianismo, lo podeis inferir de lo que han hecho donde han triunfado. El ochenta y nueve condujo al noventa y tres, y cerró los templos de Jesucristo, asesinó á los sacerdotes, dispersó con el hierro y el fuego todos los ritos y costumbres cristianas, prohibiéndolas en leyes dignas de Decio y Diocleciano. Napoleón, entonces general en Italia, no recibía de París cartas que dijeran en sustancia más que esto: «Es forzoso acabar de una vez con el Papa, con la Iglesia y con el Catolicismo.»

Otra prueba la teneis en lo que hizo la revolución en Roma el 49, donde pudo levantar la cabeza un momento. Las matanzas de San Calixto, las orgías del Capitolio, los saqueos de templos sagrados, y sobre todo las profanaciones de las cosas santas y las blasfemias contra Jesucristo, fueron tales, que espantaron á la Europa entera. Y lo mismo, en un teatro aún mayor, hizo la *Commune* de París después de la caída de Napoleón; los estragos, las matanzas y los incendios fueron tales, que dejaron y dejarán quizás por siglos enteros sus trazas infames.

Y que no abandonan poco ni mucho sus propósitos, es manifiesto: los votos que hacen todos los días en tantos libros, el impugnar rabiosamente uno á uno todos los dogmas, todos los misterios y todas las prácticas de la fé cristiana, y el escarmentar todo lo santo en sus periódicos, lo demuestra aún á los ciegos. Muchos ni siquiera fingen: desde las cátedras explican el día y la hora en que no se

hablará más de Jesucristo: ciertas Cámaras y Asambleas legislativas, informadas por aquellos principios, lo rechazan abiertamente. *Nolumus hunc regnare super nos*, es el grito uniforme de todos los diversos revolucionarios de Europa. ¿Qué importa, pues, que algunos no vean de qué se trata, y jueguen con aquellos principios, se engañen y traten de seducir á otros? No es, con todo, ménos indudable que la Revolución se propone acabar con el Cristianismo: se inauguró al grito de ¡*Aplastad al Infame!* y con el mismo se reconoce, reúne y enciende de nuevo.

Sé bien que algunos engañados se dan á creer, y aún lo dicen, que había necesidad de la revolución para corregir abusos que se cometían, como hay necesidad de ella contra otros actuales; pero sé también que completamente yerran. Es verdaderísimo que había entonces abusos, como los hay ahora en las sociedades que no se gobiernan según los principios del ochenta y nueve. Y diré más, ó sea que ha de ser así por fuerza. Quien no desconozca el mundo completamente, no comprenderá nunca que en una sociedad compuesta de hombres no haya desórdenes, á ménos que haya encontrado el secreto de arrancar las pasiones de los pechos humanos. Esto no obstante, afirmo que los desórdenes fueron un pretexto entonces, y lo son al presente, que cubre otros designios.

Valga lo cierto: ¿quién osará sostener que subsistieran entonces ó que subsisten ahora abusos que requieren aquel remedio? Decir que Luis XVI, en el reinado del cual se hizo la revolución, era un tirano de la Francia, es un absurdo tal, que no se atrevieron á consignarlo sus propios enemigos. Abusaba la nobleza de sus derechos... Concedo hasta que sus privilegios eran excesivos. Ciertamente no rechazó renunciar á lo que fuese justo, ni había tal injusticia, generalmente hablando, que al bien de Francia se opusiera: la Vendée mostró con su actitud hasta qué punto estaba el pueblo conforme con la nobleza. El clero podía también tener sus llagas; mas un clero que dió millares de már-

BIBLIOTECA CENTRAL U.A.N.L.

tires y confesores de la fé ántes que contaminarse con un juramento contrario á su conciencia, no podrá llamarse nunca corrompido ni escandaloso.

Fuera de que conceded hasta que los abusos fuesen sobre toda ponderacion gravísimos: es óbvio que no correspondió á ellos el remedio aplicado por la revolucion. Destruir todos los derechos porque algunos abusan de ellos, es cortar las vides porque hay quien se embriaga. Quitar la piedad para librarse de la supersticion, es corregir el pecado con los sacrilegios. Suprimir el principio de autoridad porque algunos abusan de la autoridad, es matar un enfermo para sanarlo más pronto. Los abusos reales que habia entónces no se corrigieron por la Revolucion, sino que aumentaron desmesuradamente. Verdadero abuso era la irreligion que partía del filosofismo y del protestantismo al seno de la sociedad; mas es claro que fué todavía mayor. Abuso era la inmoralidad que desde las clases más conspicuas infectaba tambien las inferiores; mas es manifesto que fué promovida y dilatada espantosamente. Abuso era la costumbre de encadenar la Iglesia para que no pudiera oponer un dique á la corrupcion completa que invadía los pueblos; mas es sabido que se procuró ahogar á la Iglesia en su sangre. En los verdaderos abusos, pues, no se pensó absolutamente nada, y tratóse sólo, segun lo exige la naturaleza de aquellos principios infames, de la destruccion de los tronos y de los altares. Si alguno de los que los proclaman rechaza aquel fin péfido, no impide que lo quieran otros más avisados é impíos. Aun los mismos que lo rechazan, á pesar suyo lo promueven, ya porque poniendo en pié la causa concurren necesariamente al efecto, ya porque, logrando autoridad y difundiendo muchos los principios, son en mayor número los que sufren despues las consecuencias. Sería bueno que lo advirtieran todos, y principalmente ciertos estúpidos, que cuanto ménos comprenden las cosas, tanto más exaltan los principios del ochenta y nueve.

Insisten aún diciendo que *gobiernos que son*

amantes del orden y aún de la religion, no se apartan de los principios del ochenta y nueve; no deben ser, por tanto, cosa tan mala. Os responderé con varias observaciones brevísimas; pero, en mi sentir, suficientes para resolver la dificultad. Os diré primero que, por dicha del género humano, los hombres no siempre son lógicos. ¡Ay si sacasen todas las consecuencias de los principios que establecen! A la hora presente estaria el mundo aniquilado. El buen sentido de los pueblos, como el de los individuos, rechaza muchas ilaciones que prácticamente halla dañosas; el sentimiento de la propia conservacion hace que se admitan aquellos expedientes que se juzgan saludables, sea lo que sea de los principios. Fuera de que la religion que florece en su país, si no logra impedir completamente las consecuencias de los malos principios, los atenúa en gran manera, porque cuando deben ser aplicados por hombres á los cuales horrorizan, por la fé católica los olvidan completamente, disminuyen su efecto, con lo cual, si no se cambia el veneno en medicina, se consigue que aquél no sea eficaz. ¡Estais bien seguros, por otra parte, de que los gobiernos que profesan exteriormente los principios del ochenta y nueve lo hacen por su libre voluntad, ó porque hacer no pueden otra cosa? Los médicos alcanzan muy bien á veces que una operacion determinada devolveria la salud á un enfermo; mas ven además que se hallan las fuerzas de éste tan extenuadas, que no la podrá soportar. Ahora bien: sucede lo mismo con algun gobierno de Europa, que aparenta es eleccion de su voluntad aquel estado de cosas que no puede destruir sin perder su existencia. Esta conjetura se trasforma en evidencia considerando los temores perennes de tales gobiernos, y que restringen, cuando pueden sin hacer chillar demasiado á los dolientes, los propios principios de que se jactan. Finalmente, los gobiernos no son máquinas que marchan por sí. son hombres que pueden engañarse ó ser engañados: ¿qué maravilla es, por tanto, que lleguen al poder hasta de los que profesan aquellos principios?